

¿Repulsa de la política o crisis de civismo?

En amplios sectores de nuestra población existe un fenómeno que podríamos llamar "alergia política" o, en lenguaje de cierta sociología, "repulsa" de la política.

El fenómeno tiene repercusión mundial, pero su gravedad incide dramáticamente en nuestra joven democracia, apenas consolidada.

Hay una repulsa de la política y de los políticos que podríamos llamar popular. Se traduce en una decepción de política y políticos, en una desconfianza de ciertos métodos democráticos, en la creencia en ciertos "mesías" o mitos salvadores, en la apelación, explícita o implícita, al empleo de métodos directos, de fuerza, "revolucionarios", que irían derechamente a la solución de los hondos problemas socio-económicos del pueblo, sin tener que recurrir al interminable y poco eficaz proceso democrático.

El marxismo sabe explotar hábilmente esta insatisfacción del pueblo, particularmente de los grupos juveniles, y aguzar en ellos el filo del descontento político. Y le sobran motivos y razones.

La repulsa burguesa de la política presenta entre nosotros características más definidas. José Luis Aranguren ha descrito certeramente en su "Ética y Política" (capítulo VI) este horror de ciertas clases altas hacia la política. Quieren mantener sus manos limpias, sin contaminarse con ella, y su conciencia tranquila, encargando a esa especie de "poceros", que serían los políticos, el feo y sucio oficio de gobernar...

Una serie de encuestas y sondeos, la diaria conversación y una mentalidad ambiente, de la que es difícil hacer abstracción, señalan, sin embargo, que esta repulsa de la política, y más concretamente de los políticos, ha rebasado las compuertas de pueblo y burguesía, y está inundando el terreno de nuestras clases medias, aun las modestas, más conscientes de sus deberes cívicos y menos sensibles a los vientos de opinión.

En una encuesta hecha hace dos años por el CENDES, con miras a delinear una futura política social, se entrevistó a 5.600 personas, entre líderes sindicales y estudiantiles, obreros especializados y no especializados, comerciantes y pequeños industriales, empleados del gobierno y ejecutivos de empresas.

Entre las conclusiones de la encuesta resalta la existencia clara de una evaluación negativa del sistema político, tanto en lo que respecta a los partidos y al sistema parlamentario, como en lo que atañe al Estado como administrador y gestor político del Bien Común.

La dramática elocuencia de la distribución porcentual de individuos que expresaron estar completamente de acuerdo con la frase "la política es puro engaño o cuando menos un mal necesario" refleja el bajo nivel de desarrollo político de nuestra sociedad globalmente considerada:

Ejecutivos de comercio (51.1); altos empleados del Gobierno (41.5); empresarios agrícolas (51.0); campesinos tradicionales (41.5) y habitantes de ranchos (47.2). Hay que notar, sin embargo, que un 30.7 de campesinos y un 19.7 de habitantes de ranchos no contestaron a la pregunta.

Crisis de democracia y de partidos

Este hecho, que podríamos reforzar con similares que se multiplican en nuestro país y en los países hermanos, nos acucia a formular unas pocas preguntas:

La democracia "formal", de base liberal, imperante en nuestros países, ¿responde a las urgentes necesidades de pueblos en desarrollo?

Los partidos políticos, instituciones "sine qua non" de la democracia, ¿cumplen con su misión?

No queremos prejuzgar el problema adjetivándolos a ambos, como lo hacen algunos filósofos políticos, de "falsa democracia" o "falsos partidos", pero ante nosotros, como una muralla imposible de esquivar, está la evidencia de que son instrumentos incompletos e ineficaces. Por lo menos, tal como existen.

El problema de la democracia difiere casi esencialmente entre países desarrollados y países en desarrollo. En aquéllos el problema está en rehacer la democracia, ahora en profunda crisis, y revitalizarla mediante la inserción de nuevas estructuras técnicas y humanas.

En nuestros países hay que **hacer** la democracia. Hay que crear primeramente una voluntad decidida de democracia. De nuestras universidades deben salir minorías decididamente mentalizadas en esta dirección, capaces de ir alentando en progresión constante el ideal democrático de las masas e ir acomodando la democracia a las necesidades del desarrollo integral del país.

La democracia "formal" debe abrir paso a otra más social, con una mayor participación del pueblo en la vida pública.

"La hipertrofia política, afirma un sociólogo latinoamericano, que presentan nuestros países resulta de la falta de estructuración de la sociedad a niveles intermedios, lo que provoca la concentración de toda la actividad voluntaria y de todas las decisiones en el nivel político global."

Una participación mayor del pueblo, presupuesto de esta democracia integral, conllevaría una mayor y mejor información a la opinión sobre los problemas fundamentales del país y un facilitarle su discusión. Nuestro pueblo es un analfabeta en los graves problemas nacionales. Su reacción ante el caso de la Guayana Esequiba es prueba al canto.

Esta participación mayor del pueblo en la vida política se podría hacer efectiva por medio de los organismos intermedios: estados, municipios, grupos profesionales, organizaciones familiares... ¿Qué representabilidad política tienen esos organismos?

Los partidos políticos son la forma más apta, y hoy la única de hecho, de participación del pueblo en el gobierno democrático. Sobre ellos, sin embargo, cristaliza en forma alarmante el descontento popular. Descontento y desazón, que tememos sean irreversibles, para mal de la democracia, de la que son pilares insustituibles.

Los partidos de gobierno se han contentado con una política administrativa conservacionista, de repartirse más o menos amigablemente la torta presupuestaria y de preparar las próximas elecciones. Mientras tanto se han engavetado las promesas hechas al pueblo en la época de los sufragios y se ha reducido a un mínimo vergonzante el cumplimiento del programa de reformas!

¿De cuántos de nuestros gobernantes no se podría repetir el dicho cruelmente satírico de "Le Canard Enchaîné" sobre un político de la IV República de Francia: "Respetó tanto su programa, que ni a tocarlo se atrevió"?

Los partidos de la oposición, a quienes apenas se les permite **chance** para una crítica positiva del poder, se han acostumbrado a prescindir del Bien Común, no saben sino embestir con saña el trapo rojo de la mayoría privilegiada y, cuanto más, se mantienen en pasiva actitud, dando tiempo al tiempo, en espera de que las nuevas elecciones truequen las suertes.

Veta rica de reflexiones sería estudiar la desconexión de los representantes del pueblo de los problemas del pueblo "concreto" que los escogió.

Dejamos a nuestro lector, cuya madurez de criterio damos por descontada, aplicar a nuestra realidad parlamentaria lo que un distinguido comentarista político francés refiere a la de su país:

"La proporción en el Parlamento de analfabetas políticos, es decir, de hombres que no son capaces regularmente de estar al tanto de los asuntos del país, de descifrar las cuentas de la nación o de redactar un informe sobre un proyecto de ley, amenaza ser muy alta durante mucho tiempo..." (Chronique Sociale de France, diciembre 1965).

¿Democracia sin demócratas?

Es peligrosa esta desazón política de nuestro pueblo y más lo sería si llegara a cristalizar en el lamentable abstencionismo electoral de países hermanos.

En lo más íntimo del alma de nuestra gente ha persistido siempre vivo el anhelo de libertad. Este sentimiento de libertad ha sido, sin embargo, precario, pues ha estado de continuo desconectado de la responsabilidad y lo estará mientras no se le facilite una mayor participación política.

La democracia formal, tal como existe, aun con remiendos, no es el mejor instrumento para el Desarrollo, y las que se llaman "libertades formales" son algo muy esquelético para nuestras masas en la precaria situación socio-económica en que se encuentran. Sería, con todo, catastrófico el suprimirlas. Mientras existan, escribe Duverger, se las puede convertir en **reales**.

Al hombre de hoy, y más en situaciones como la nuestra, se le hace muy pesada la carga de la libertad política, y con excesiva frecuencia se siente tentado a resignarla ante el jefe político o militar que se haga cargo de ella y le dé, en trueque, seguridad y pan y le deje un margen para "vivir su vida".

A nuestras gentes les ha faltado tiempo y escuela para convertirse en demócratas **adultos**. Basta para cerciorarse de ello releer la historia democrática de Venezuela. Su buena voluntad democrática, su "potencialidad" democrática, no les inmuniza contra esta creciente desazón. Piden, particularmente los jóvenes, otra cosa, una mayor eficacia, un enfrentamiento más resuelto con los tremendos problemas en que se debate el ser o el no ser de millones de venezolanos.

Por otra parte, ¿cómo pueden ser buenos demócratas con el ejemplo de civismo que les dan sus ductores políticos y económicos?

A la república alemana de Weimar se la llamó "una democracia sin demócratas". Su fatal desenlace, lógico por otra parte, rubricó su inutilidad.

¿Sería temerario afirmar que nuestro país es hoy "una democracia sin demócratas"?

¿Crisis política o crisis de civismo? Mal se puede estructurar una verdadera democracia con la ausencia de civismo que constatamos, ausencia irresponsable en los más, responsable en los menos, que tienen en sus manos la suerte de Venezuela.

Nuestro país ofrece maravillosas condiciones para ser una democracia modelo: inmensas riquezas; valores humanos en abundancia, privilegiada posición geográfica, un pueblo bueno y capaz... Por eso lo codicia el enemigo.

Hay un texto precioso, una excelente definición del civismo, dada por los Obispos canadienses, y que quisiéramos pusiera fin a estas consideraciones, sirviendo al mismo tiempo de materia de meditación, sobre todo a los cristianos, una de cuyas peores tentaciones de hoy es la abstención de la labor política, que después de todo es la mejor manera de servir al Bien Común.

"Civismo es la voluntad firme y constante en subordinar su bien personal o todo otro interés particular al Bien Común de la sociedad."

Y a esta palabra "civismo" Pío XII quería que se le diera su verdadero nombre: POLITICA.

J. M. G.